

MIGUEL SABUCO, PSICÓLOGO DE LAS PASIONES Y PRECURSOR DE LA MEDICINA PSICOSOMÁTICA

Por Alain GUY

Universidad de Toulouse-Le Mirail

Me permitirán empezar mi esbozo de Sabuco por la evocación de un agradable recuerdo de viaje.

El martes 31 de marzo de 1981, viniendo de Albacete, en una luminosa tarde de primavera, llegué, con coche personal, a Alcaraz, ciudad natal del Bachiller Sabuco y de su enigmática hija, Doña Oliva; allí vivió y murió, oficial de sanidad y boticario, procurador síndico y letrado. Subiendo inmediatamente casi a la cumbre del cerro donde se alza este pueblo, por la larga, estrecha y sinuosa calle Mayor, me detuve cerca de una hora en la pintoresca Plaza Mayor. En este lugar excepcional se levanta, todo grabado de líneas entrecruzadas y dominado por un blasón, el Ayuntamiento, de color rosado, en estilo plateresco, con sus arcadas redondeadas, en que notaba la famosa y hermosa Puerta de la Aduana (o del Ahorí), con sus ocho grados de piedra. En la derecha, contemplé la Lonja del Corregidor (llamada también de la Regatería o de Santo Domingo), adornada de un balcón suspendido sobre una galería de una docena de soportales redondos y abriéndose sobre una docena de altas ventanas del mismo género. Enfrente a mí, admiré un edificio de un piso, con sus cinco soportales en piso bajo, coronados por una logia sostenida por ocho pilares; a los pies de esa casa, mojé mis dedos en el agua fresca de una fuente, cuya pila es semicircular.

En el profundo silencio de esta plaza bien pavimentada, mis ojos fueron atrídos sobre todo por las dos torres altivas, que se elevan a mano izquierda: la plateresca de la atalaya, con crestería magnífica, provista de un reloj, cuyo retraso proverbial proporcionó a esta construcción hexagonal y muy trabajada el apodo de "El Tardón", y la del campanario cuadrado perteneciente a la iglesia parroquial de la Trinidad, donde están mezclados armoniosamente el arte mudéjar y el estilo gótico flamígero, con el remate de una azotea cincelada. Tomando el "corredor" entre ambas torres, que desemboca en el Corral de Comedias, fui al portal lateral de esta colegiata, después al portal principal que da sobre un terraplén plantado de árboles, entonces en reciente floración: allí me deslumbró la Piedad del siglo XV (con sus cinco personajes, tan conmovedores), así como la puerta renacentista, provista de medallones y escudos, rodeados de grutescos; en este lugar están enterrados Sabuco y su primera esposa, Francisca de Cózar; allí fue bautizada su hija doña Oliva, a la cual dio misteriosamente la paternidad de su obra; allí me maravillaron las estatuas debidas a Salzillo (el artista inmortal de Murcia) y a Roque López.

En estos mismos momentos, dí algunos pasos por la calle del Bachiller Sabuco, que baja en pendiente pronunciada desde la plaza hasta el campo y donde

Para la revista Al-Buruj (en Albacete).

Alain GUY

~~profesor~~ ^{cateórico} de filosofía en la Universidad
de Toulouse-Mirail
director del "Centro de Filosofía Ibérica e
Ibero-americana".

"Miguel Sabuco, psicólogo de las
pasiones y precursor de la medicina
psicosomática"

—

Toulouse, 20 abril 1983.

se cree poder situar la casa del médico-filósofo... Medité acerca de ese marco apacible, donde transcurrió la vida bien llenada del autor de la *Nueva filosofía de la naturaleza del hombre*; lo imaginaba pescando, en un descanso, entre dos visitas médicas, en el río Guadalmena, afluente del Guadalquivir. En el horizonte apercibí, en la cúspide más alta del cerro de Alcaraz, las ruinas del castillo árabe (la ciudad fue reconquistada en 1213); soñé con la vieja ermita de la Santa Virgen de Cortes (aún llamada de Ataly) en algunos kilómetros de allí, cerca de Peñasco, donde tantos reyes o campesinos se fueron a recoger, cuya historia fue escrita por Miguel Ángel Jover y Bellod y cuyas dos torres blancas y piramidales son encerradas por alojamientos de piadosos romeros. Me parecía, de este modo, que veía a Sabuco aconsejando a sus enfermos bañarse dentro de las aguas saludables de Fuensanta, a veinticinco kilómetros al este de Alcaraz, cerca de Peñas de San Pedro, o explicando en una casa de la ciudad su reforma de la filosofía y de la medicina a algunos adeptos...

Me paseé por la pequeña ciudad, casi desierta por motivo de la siesta, donde abundan las casas dotadas de blasones y esculturas, como la que exhibe dos guerreros blandiendo mazas (un poco como en la Audiencia de Zaragoza) o la capilla renacentista de San Sebastián, con su frontón quebrado a la griega. No tuve tiempo para ver la puerta severa de la Casa de la Inquisición, que nos muestra Domingo Henares en su aguda obra *El bachiller Sabuco en la filosofía médica del Renacimiento español* (p. 71); se sabe cómo el Santo Oficio mandó la expurgación, bastante moderada, de la obra del maestro. Me parecía, de otra parte, percibir a don Miguel Sabuco, en su ronda cotidiana de los enfermos, montando uno de esos caballos alcaraceños de pura sangre ¡tan famosos! de que nos habla Fray Esteban Pérez Pareja, el año 1740, en un texto reproducido por Fernando Rodríguez de la Torre, en su excelente libro *Albacete en textos geográficos anteriores a la creación de la provincia* (1985, Albacete, Instituto de Estudios Albacetenses; p. 61).

Antes de marcharme —por la carretera nacional 322, con el fin de ir a Segura de la Sierra, donde José de Jesús Capilla, otro prócer, escribió *La Florida* en 1811— recordé que Alcaraz fue una tierra fecunda en grandes espíritus: ¿no fue la patria de Pedro Simón Abril —el gran humanista del siglo XVI, autor de los *Apuntamientos* y de muchas traducciones del griego y del latín—, de Pedro de Vandelvira —el arquitecto y escultor de la misma época— y del lógico y matemático jesuita del siglo XVII, Sebastián Izquierdo, autor del *Pharus scientiarum*? En plena Mancha y en la linde de la planicie de Montiel (donde don Quijote hizo su primera salida), no lejos del Levante, Alcaraz ofrece a los más meditativos un sitio muy apropiado; no se puede olvidar que esta “Clavis Hispaniae et caput totius Estrematurae” fue una región privilegiada, en la cual los ingenios independientes no han sido pocos y en la que judíos y moriscos se refugiaban de buena gana... ¡Se podría hablar casi de una Escuela de Alcaraz, maestra de ilustración y de libertad!

* * *

Analista penetrante de nuestros estados psíquicos y, más precisamente, de nuestras afecciones o pasiones e inclinaciones, Miguel Sabuco reivindica una reforma radical de la medicina y de la filosofía. Su *Nueva filosofía de la naturaleza del hombre* (1587) interesa a la vez a los psicólogos, los filósofos, los médicos, los sociólogos e incluso los teólogos; entre los siete tratados de que se compone, el que abre la serie, el *Coloquio del conocimiento de sí mismo*, presenta, a nuestros ojos, un interés excepcional por el rigor y la precisión de sus descripciones caracteriológicas y por el tono muy personal y enérgico de sus tomas de posición; este coloquio da, además, la clave de todo el conjunto y, en particular, de las intenciones terapéuticas del autor. Desde la *Carta dedicatoria al Rey* (Felipe II), la meta de la investigación sabuquiana se fija: “doctrina para conocerse y entenderse el hombre a sí mismo y a su naturaleza, y para saber las causas naturales por que vive, y por qué muere o enferma” (p. XLII)*. Según el Bachiller de Alcazar, en efecto, la medicina se funda sobre la filosofía, y ésta es muy deficiente y necesita ser revisada completamente. Es preciso salir de un hecho: “de mil no viven tres” (p. XLIII), es decir ¡apenas tres se mueren de muerte natural, después de haber llegado al término del curso normal de la existencia humana! La carta a Francisco Zapata, Presidente de Castilla y del Consejo de Estado, no titubea en acusar de error mayor el pensamiento tradicional: “lo que se lee en las Escuelas” (p. XLV) engaña al mundo; es urgente desengañarle. De la misma manera, el “Prólogo al lector” nos invita a remitirnos prudentemente “al tiempo, experiencia y suceso” (p. XLIX), todo al revés de los filósofos anteriores. Se ha de considerar “lo poco que el entendimiento humano sabe, en comparación de lo mucho que ignora y que el tiempo, inventor de las cosas, va descubriendo cada día más, en todas las artes y en todo género de saber” (*ibid.*).

Se sabe cómo este delicioso coloquio, al modo de los diálogos *De los nombres de Cristo* (Fray Luis de León, 1581), transcurre en el campo, al aire puro de un valle, donde fluye un fresco arroyo; es la buena temporada; pero, esta vez, los interlocutores no son monjes, sino humildes pastores. La conversación se entabla a propósito de un episodio muy concreto: Veronio pregunta quién es ese hombre “que pasa por el camino con paso rápido. “Aquel es Macrobio, mi padre”... “que pasa de noventa años”, responde Rodonio; va a cultivar su tierra. “¡Lo habría tomado por joven!”, exclama Antonio. ¿De qué viene, pregunta Veronio, el hecho de que hay pocos ancianos en nuestra especie humana, cuando en general los animales alcanzan el curso entero de su vida? Rodonio coge al vuelo al pelota; recuerda a Antonio, en un pensamiento altruista, que “no nacimos para nosotros sólo, sino para nuestro Rey, y señor, para los amigos, y patria, y para todo el mundo” (p. 4), y que, por consecuencia, estamos en la obligación de dejar el universo en un estado mejor que lo hemos encontrado; y que, en ese efecto, conviene dejar “en él escrita alguna Filosofía, que aproveche a los

* Todas mis referencias hacen intervenir la edición de Octavio Cuartero, *Obras de doña Oliva Sabuco de Nantes*, Ricardo Fé (Madrid, 1888).

mortales" (*ibid.*). En adelante, el diálogo tendrá lugar sobre todo entre Antonio, que expone las ideas de Sabuco, y Rodonio, que le pone objeciones, mientras que Veronio, al igual que el tercer hombre de los diálogos socráticos, interviene poco.

Se parte del *gnothi seauton* (γνωθι σεαυτον). El consejo del oráculo de Delfos es muy difícil de ponerlo en práctica, como el mismo Platón ya lo había confesado en el *Alcibiades*... En esto, una perdiz, perseguida por un azor, cae a los pies de los tres pastores y muere de miedo. Antonio se sirve de ese pretexto para traer el axioma fundamental de su análisis de la condición humana (e incluso animal): todos los seres —mas, sobre todo, los humanos— deben su muerte prematura a la angustia o congoja, a este enojo de que Heidegger más tarde hará el gusano roedor del "Dasein".

Fiel a la división aristotélica del alma humana en alma vegetativa, alma sensitiva y alma intelectual, Sabuco relaciona las afecciones con el alma sensitiva, común a los animales y a los hombres. El tema central de toda la obra es que la causa más frecuente de la enfermedad y de la muerte precoz reside en la inquietud, en el temor, en la tristeza; en resumen, es de orden psicológico, más bien que físico. No es el demasiado comer la causa de este mal o muerte temprana; no es tampoco la *ametria* de los humores, como lo enseñan equivocadamente los Antiguos y la tradición: la teoría de la *simetría* y de la *ametria* es puro verbalismo. El origen de todo disturbio es mental: es el desconcierto entre nuestras facultades psíquicas, que suelta el *decremento mayor* del succo nervioso; en el estado normal, al contrario, hay *cremento mayor*. Todo viene no del corazón, del estómago o del hígado, sino más bien del cerebro, que es el alcázar del compuesto humano (cf. Título LXII: "Del microcosmo, que dice mundo pequeño, que es el hombre", pp. 123-127; y Títulos LXIII, LXIV, LXV, LXVI, LXVII, LXVIII, LXIX Y LXX, pp. 127-160). Por eso, Sabuco pone las bases de la medicina psicosomática ¡a la cual los hombres del siglo XX recurren tan frecuentemente!

Es imposible seguir, a través de todos los meandros de los 70 Títulos de la obra, la integridad de los andares de esa rica meditación antropológica. Señalemos los puntos más destacados, para mejor realizar el alcance y la originalidad de ese conjunto sutil. Sabuco se apoya, a la vez, sobre las ciencias naturales (que cuentan tantos casos de bestias muertas de pesadumbre) y sobre la historia (principalmente, sobre Plinio el Antiguo); da, de ese modo, una multitud de ejemplos, desde Julia, esposa de Pompeyo, muriendo de un parto prematuro, debido a la emoción por haber creído, de manera errónea, asesinado su marido, hasta el capitán Raisciao Suevo, muriendo por ver su hijo muerto en el combate. Aun hasta cortesanos se abandonaron a la muerte, por haber perdido el favor real. Además, dado que el hombre posee el alma intelectual (que incluye la imaginación) le ocurre muchas veces ponerse enfermo e incluso morir sólo por imaginarse que una desdicha le sucede, cuando se inquieta sin razón (por ejemplo, Egeo, creyendo injustamente la muerte de su hijo Teseo). En numerosas ocasiones, igualmente, una alegría demasiado brusca e intensa mata al hombre que la siente. En suma, "de cien hombres, o cien mujeres, mueren los ochenta de enojo" (Título III,

p. 14); más aún, los niños de pecho que mueren lo deben a los pesares de sus madres o nodrizas.

Ciento cincuenta años antes del *Discours sur les passions* de Descartes, Sabuco procede, de este modo, a todo un cuadro de nuestras pasiones o desvíos. En primer lugar, habla de la *ira*; el remedio, por el que se puede curarla o, al menos, disminuirla, consiste en la "insinuación retórica" (p. 19): un amigo del iracundo, en lugar de reprocharle en seguida su acceso de cólera, comenzará, al contrario, por entrar en sus vistas, reconociendo que hay motivos de llenarse de ira; pero aconseja al furioso diferir su venganza; el día siguiente, le incita a reconsiderar el asunto y a tomar perspectiva delante de la ofensa que ha sufrido; finalmente le aconseja preguntarse si el agravio vale la perpetración de la vindicta; a fin de cuentas, llevará al colérico a la indiferencia e incluso al olvido (pp. 19-20).

La *tristeza* no es menos dañosa: "hace el daño poco a poco, como la envidia" (p. 21); a través de ella, se lleva a cabo lentamente "la discordia del alma y cuerpo" (*ibid.*); corresponde a un desecamiento progresivo del cerebro, sin la aparición de ninguna calentura. El remedio es buscar un derivativo, es decir meterse en búsqueda de un otro bien y de apartar de su espíritu el recuerdo importuno, persuadiéndose bien de los inconvenientes originados por la melancolía. Algunas mujeres mueren, de tanto pensar ser unas mal casadas.

El *miedo* de lo que puede ocurrirnos como acontecimiento pesado es igualmente mortífero. Por ejemplo, muchas mujeres embarazadas mueren ¡de tanto temer su parto! "Más daño hace el temor que no la cosa temida cuando llega" (p. 23). Si no mata enseguida, esta afección nos vicia el humor, que, a la larga, desemboca en la muerte.

El *amor* constituye también una fuente ambivalente de buenadicha y de maladicha. Nos mata, cuando perdemos el ser amado, como Deyanira delante de la muerte de Hércules o como Porcia en oyendo que habían muerto a su marido Bruto, o aún como tantos animales domésticos, en la muerte de sus dueños. El amor nos mata también, cuando no conseguimos obtener al ser querido; Pígalión, enamorado de una estatua, murió de esta pasión. "Este afecto no engendra mal humor, antes mueren sin frío ni calentura, secándose, porque como en aquello que mucho aman y desean, tienen empleado su entendimiento y voluntad, y todas las potencias de su alma, no toman gusto en otra cosa del mundo, ni en comer, ni en beber ni en conversación, y así la vegetativa no hace su oficio y váse consumiendo, porque la discordia del cuerpo y alma, y gran afecto del alma, estorba la operación del cuerpo" (p. 28). Para curar una tal pasión, es preciso en primer lugar bien su causa, después moderar sus efectos; por añadidura, hay que precaver más bien que curar; en otras palabras, conviene, antes de perder este objeto querido, persuadirse bien que sería ruin dejarnos sin freno al dolor. En caso de que no sea posible alcanzar lo que se ama, es preciso escoger otro blanco, "que un clavo con otro se saca" (Título IX, p. 29); se debe aprender a buscar en otro lugar este "no sé qué" que hace la paz del ser que quiere, así como la del ser querido.

El *placer* y la *alegría* pueden, ellos también, ser peligrosos. Diágoras, Rodio y Chilón murieron de placer, con la noticia del triunfo de sus hijos en los Juegos Olímpicos. El tirano Dionisio de Siracusa expiró, llegándole la nueva de la victoria de sus tropas. Parece que Sabuco presenta el verso de Corneille, en *Horace*, donde Camila, artífice de la ruina de Roma, grita: "Moi seule en être cause et mourir de plaisir!" ("¡Yo sólo ser causa y morir de placer!"). El remedio consiste en evitar conocer de un golpe una noticia dichosa; mejor vale acostumbrarse a ella despacio.

La *desesperanza* para con el bien que se esperaba es, por su lado, nociva; nos induce a no querer la vida o los otros bienes que incluye; entre otras, el hombre desprovisto de amigos no espera nada de la Providencia. Para obviar este disgusto; se sugerirá al desesperado esperar de modo inminente un bien que compensará su desventura, incluso si esta esperanza es ilusoria...

El *odio* es ignorado entre animales de la misma especie; empero, es muy frecuente entre hombres; proviene del recuerdo de lo mal que se ha hecho contra nosotros.

La *vergüenza* es una virtud, mas puede volverse mala y mortal. Diodoro, profesor de dialéctica, se murió por su despecho de no haber sabido responder en un examen. Sabuco ha visto a un misacantano quedarse postrado durante meses, a consecuencia de una gran vergüenza que había sufrido (Título XIII, p. 34).

La *congoja* con respecto al porvenir mata, a la larga; produce canas y perturba la digestión. Es urgente enfrentarse a ella. "Los cuidados se han de dejar a tiempos, y ponerlos en un lugar, como en un papel, haciendo lista y fijarla en la pared, y alivia la congoja y miedo de la memoria, y sin pena se miran allí los cuidados, y se hacen y a la noche se duerme mejor" (Título XVI, p. 35). Esta ansiedad se conjurará razonando al ansioso: lo que es no puede ser otro; nada de hacer; es indispensable conformarse...

La *misericordia* es peligrosa a partir de un cierto grado: algunas personas se conmueven hasta tal punto por ver un herido o un condenado a muerte que se desvanecen y caen enfermas. Sabuco parece anteceder la extraña novela *La piedad peligrosa* de Stefan Zweig.

La *pérdida de libertad* es muy mala: produce la ictericia en algunos hombres; la invasión de piojos, en otros; más aún, la muerte, a veces. Lo mismo, la claustrofobia o la agorafobia; Sabuco se adelanta a Pierre Janet, o al doctor Dumas, en sus análisis de enfermos mentales o psicasténicos.

Los *siete pecados mortales* son también causa de sufrimientos y de muerte. La soberbia, la avaricia, la ira, la gula, la envidia, la lujuria, la pereza nos destruyen infaliblemente. Sabuco insiste sobre la *luxuria*, "que más consume la vida de todo viviente" (Título XVIII, p. 38). Sabuco nos dice que en Alcaraz ha visto morir un marido por haber cometido excesos en su noche de boda. Cornelius Gallus y Titus Etherius murieron en coito... Como preventivo, es útil la moderación; una buena precaución en usar de Venus por la mañana en ayunas y después de haber dormido. La *pereza* (y ocio) trae consigo los peores peligros, así como

las aguas estancadas se corrompen; para remediar esos riesgos, es preciso trabajar, hacer ejercicio físico, respirar el aire fresco de la aurora. La pereza incita a los vicios: es castigada por la gota, "mal de ricos" (Título XIX, p. 40); por eso los Reyes tienen salud más frágil que la plebe.

Los *celos*, es decir, el miedo de perder lo que se posee y quiere, deforman el juicio, así como el espejo de Alinde (Título XX, p. 41), que hace ver todo más grande que es natural; muchas veces, ocasiona dolor y muerte. Ninfa, amante celosa de Hércules, se murió de su pasión. Es una afección que hace estragos incluso en las bestias.

El afecto de *venganza*, es decir de la ley del talión, se revela muy perjudicial y nos rebaja a la condición animal. Todo hombre "magnánimo" lo huye estrictamente: perdona (Título XXI, p. 42). Como remedio, hay que acostumbrarnos a diferir la reparación de un agravio. Sabuco cita el caso de dos embajadores romanos que se reconciliaron, después de haber dejado su enemistad en unas matas (Título XXI, p. 44).

En cambio, otros sentimientos son útiles a la buena salud. El *contento*, es decir, la concordia en el seno del alma, es favorable a la vida; estar lleno de serenidad es muy aprovechable. La *esperanza* nos procura fuerzas para toda tarea que nosotros emprendemos. La *templanza* es "la medicina general para todos los males" (Título XXVI, p. 52): "el mayor enemigo del hombre es él mismo para sí, por no saber usar ni gozar de esta gran señora. Esta templanza obra en el sueño, en el descanso, en la sexualidad, en la comida.

El *amor a sus semejantes* engendra la salud, cuando la soledad la arruina: la amistad, el amor del prójimo son excelentes coadyuvantes. "El amigo es otro yo, y así como el ser es la mayor felicidad, y dejar de ser es la mayor miseria, así es gran felicidad ser hombre dos veces, teniendo amigo verdadero. Con el buen amigo, los bienes comunicados crecen y se hacen mayores, y los males y congostas se alivian y hacen menores. El amigo procura las cosas del amigo, como las tuyas. Guarda el secreto y con él han de ser comunes los secretos del alma y también las riquezas corporales. Todo lo de los amigos ha de ser común" (Título XXVIII, p. 57).

Hay también adversarios de la salud que no son inclinaciones del alma: la peste, el aojar, el veneno, la mudanza de suelo y cielo, el henchimiento engordando, el exceso de trabajo o de cansancio, los excesos de ruido (sobre todo, oír cantar mal, cuando la música produce salud), el mal olor, el abuso en la comida y bebida, el mal sueño (Título XLV, p. 82).

Sabuco reserva un espacio a la *imaginación*; es semejante a un molde vacío; todo depende de lo que la llena. "Es como un espejo, que todas las figuras que vienen, esas recibe y muestra; así si la imaginación es de miedo, daña, como verdadero" (Título LIII, p. 92). Una cierta Lucía se murió de pavor, a la vista de un fantasma que algunos bromistas le habían presentado para reírse (*ibíd.*). Hay incluso algunas personas ¡que mueren de sus pesadillas!

Sabuco dedica, en fin, los Títulos LVI a LXI a las cuatro *virtudes morales*,

que son benéficas para la salud: la *templanza*, la *fortaleza*, la *justicia* y la *prudencia*; manan de ellas cuatro calidades: el *agradecimiento*, la *magnanimidad*, la *prudencia* y la *sapiencia*.

El *agradecimiento* dilata nuestro pecho y aumenta el buen humor: esta virtud es máxima en los temperamentos magnánimos y mínima en los pusilánimes; constituye una verdadera participación en la benevolencia divina. Una elevación al Ser Supremo se encuentra aquí. “El magnánimo más se goza en dar que recibir; al contrario, muchos de baja y apocada naturaleza no lo tienen; y pluguiera a Dios que para con la Divina Majestad (que tantos beneficios hizo al hombre, criándolo con tantas excelencias, redimiéndolo con su sangre, sustentándolo con tanta variedad de criaturas, para su servicio, y fabricándole tal casa, tan admirable como es este mundo, y convidándole y prometiéndole otro mejor y eterno) tuvieran todos este agradecimiento, al cual podrían los hombres aprender muy bien de algunos animales, que hacen ventaja en esto a muchos hombres y lo tienen mayor y más firme que ellos” (Título LVII, pp. 99-100). La *magnanimidad* es también muy preciosa para la vida. “El hombre que la tiene nunca intenta cosas pocas, bajas y de poco momento..., siempre intenta cosas grandes y altas...; habla poco y a espacio; no habla de sí mismo mucho; su andamio y meo es grave, tardío y perezoso, y así su lengua, porque no aguja ni se apresura en estas cosas el que en pocas y grandes pone su afición y estudio. Es muy fácil para perdonar; no es vengativo ni tiene mucha memoria del mal que le hicieron, fácilmente lo olvida” (Título LVIII, pp. 101-102). Del mismo modo, la *liberalidad* merece ser admirada; como fluyente de la magnanimidad, consiste en dar y hacer bien francamente a todos, como el Sol para las criaturas” (*ibid.*); la *prudencia* se halla orientada hacia el porvenir, es decir, hacia lo posible; es una chispa de la bondad de Dios; consiste en la consideración de los blancos que deben ser realizados. La *sapiencia* es el conocimiento de las cosas divinas y naturales” (p. 110). En esta perspectiva, el sabio “juzga de la muerte rectamente, como ella sea fin de males, principio de bienes, puerta y entrada de la vera y eterna felicidad” (Título LX, p. 112); es porque el sabio persuadido de que el placer es seguido siempre de dolor, aspira a una cierta mediocridad, la del medio.

El diálogo se ensancha entonces, en un hermoso Título acerca de la *felicidad* (pp. 114-123); esta evocación está impregnada de una gran piedad. Aquí, toda negatividad se halla puesta de lado; se trata de un estado soberanamente positivo: la felicidad, en sus componentes naturales, mas también sobrenaturales, es analizada con firmeza y profundidad. “Consiste en la sapiencia y conocimiento de las causas y en obra del entendimiento, contemplando y entendiendo todas las cosas de este mundo, con son... (...). Tampoco puedes ser felice si no tienes alegría de buena conciencia, sirviendo y conociendo a Dios, porque sin ésta todo es tristeza y congoja de espíritu” (Título LXI, pp. 114-115). En este esfuerzo, cuatro libros son necesarios: La *Guía de los pecadores*, de Fray Luis de Granada (el ilustre dominico), el *Tratado de la vanidad del mundo*, de Diego de Estella (el famoso franciscano), el *Contemptus mundi* (es decir, la *Imitatio Christi*) y... la

Nueva filosofía de la naturaleza del hombre, del autor (p. 116). En este nivel, Sabuco hace elogio del desprecio de las riquezas (p. 117) y cita poetas en ese sentido: Garcilaso de la Vega, Juan de Mena, Angelo Policiano, Fray Luis de León, y muchos otros escritores de la Antigüedad y de la Edad Media o del Renacimiento... En la estela de San Agustín, declara: "así como las cosas naturales no paran ni están quedas, hasta haber llegado a su lugar natural, como la piedra a bajar o el humo a subir, así tu alma nunca para en lugar, ni tiene asiento, contento ni sosiego, hasta que llega a ver a Dios, y allí se hinche su capacidad" (p. 121)... (...) No hay ninguna proporción ni es parte, todo lo que escoges para la mínima de lo que dejas de comer en la mesa de Dios en la gloria, pues pierdes con esta comida, con que piensas hartar tu alma, la vida del cuerpo de este mundo, y la vida eterna de tu alma del otro, que ha de durar; que si con alto entendimiento consideramos esto, todas las cosas que no han de durar son de reír, y estimar en poco o juzgarlas por pasadas y por nada, porque sola esta es la cosa singular, una y necesaria para el hombre" (pp. 122-123). Estas líneas de Sabuco nos hacen pensar en Pascal y, particularmente, en la apuesta...

El Coloquio se termina a continuación por una reiteración de la teoría del microcosmo y del *cremento* y *decremento*, así como de la del árbol al revés. Se habla aún de la muerte natural y tardía, en la vejez (pp. 152 y ss.). Nuestra alma hace votos por la buena dicha duradera, al revés de este bajo mundo. "El ánima que nos dió vida, esa misma, capaz y codiciosa, de sumo bien y hermosura, aborrecedora de todo mal, es ayuda para la causa de la muerte natural, porque ama y desea delicias que tengan consistencia y ser, y enfádanle los del cuerpo, que sólo tienen un tránsito y pasaje" (pp. 153-154); ¿no hay aquí una anticipación, *secundum quid*, de la hipótesis actual de Jung acerca del deseo de la muerte entre los viejos?

El Título final (LXX) ataca severamente la soberbia, que "engendra odio en los corazones de los hombres" (p. 155); al revés, la soberbia es "un género de mayoría, que pide respeto y servidumbre y como el hombre no la deba, sino a un solo Dios (*ibíd.*) es un vicio aborrecible.

El Coloquio se acaba con una exhortación religiosa: "Y si en lo que eres hombre, tienes tanta excelencia y ventaja a toda criatura, que es el ánima celestial, divina y eterna, y sus partes, no te fue hecha esta merced para soberbia, sino para agradecimiento y para dar gracias y loores al Criador, por todas esotras criaturas, que no son capaces de conocerse a sí mismas ni a su Criador; y para que con el entendimiento lo entiendas y goces, y con la voluntad y libre-albedrío lo ames, y sirvas, escogiendo lo bueno y evitando lo malo; y con la razón y prudencia lo proveas y mires al fin, en los actos de tu vida y con la esperanza te alegres y esperes sus bienes, y con la infinita y eterna capacidad de tu ánima lo puedas gozar para siempre sin fin y poblar y henchir aquel Cielo onceno Empíreo (casa de Dios), lugar de tanta anchura, grandeza, y vastidad, incomprendible de entendimiento humano, en donde plega al Criador nos veamos. Amén" (pp. 159-160).

* * *

Los otros tratados de Sabuco, “Coloquio en que se trata la compostura del mundo como está”, “Coloquio de las cosas que mejoran este mundo y sus repúblicas”, “Coloquio de auxilios o remedios de la vera medicina”, “Diálogos de la vera medicina, que resulta de la naturaleza del hombre”, “Dicta brevia circam naturam hominis, medicinae fundamentum” y “Vera philosophia de natura mistorum, hominis et mundi, antiquis occulta”, presentan igualmente un rico interés especulativo y práctico; he hablado de ellos en otras ocasiones. Aparte mis capítulos sobre Sabuco en *Les philosophes espagnols d’hier et d’aujourd’hui* (1956) y en mi *Histoire de la philosophie espagnole* (1983), se puede leer mi estudio “Modernité du philosophe Sabuco” en la obra colectiva *Les cultures ibériques en devenir. Essais publiés en hommage à la mémoire de Marcel Bataillon*, París, 1979, pp. 297-309, y mi artículo “Sabuco”, en el *Dictionnaire des Philosophes*, tomo II, pp. 2274-2275, París, P.U.F. (1984).

Su inspiración es más biológica, sociológica y propiamente médica que el “Coloquio de la naturaleza del hombre”. Pertenece especialmente a los fisiólogos y médicos la tarea de ocuparse de ellos y juzgarlos desde el punto de vista del progreso de la ciencia médica, de la clínica y de la terapéutica, así como de la ciencia política y social. Pero esos tratados están en consonancia estrecha con el “Coloquio de la naturaleza del hombre”: expresa el mismo humanismo cristiano, atento al equilibrio y al concierto mental. El talento —e incluso el genio— del maestro alcaraceño se despliega allí también con brillantez.

Precursor, en una gran medida, del método optimista y autosugestivo de Emile Coué (“je vais mieux qu’hier, mais moins bien que demain”, “sigo mejor que ayer, pero menos bien que mañana”), Sabuco, así como lo ha visto Mosácula (*Elementos de fisiología especial humana*, tomo II, Madrid, 1830) toma la delantera de 238 años para con Jean Louis Alibert, el autor de la *Physiologie des passions Nouvelle théorie su sentiment moral* (1825), que propone una filosofía de los afectos y pasiones muy pregnante. El pensador español anticipa igualmente a François Leuret y sus *Fragments psychologiques* (1834) o su *Traité moral de la folie* (1840).

Estoy, por lo demás, de acuerdo con el testimonio de Morejón (*Historia bibliográfica de la medicina española*, 1843) y de Benjamín Marcos (*Sabuco*, 1923) y otros, que ven, en Sabuco, por su teoría de la preeminencia del cerebro y del sistema nervioso, al profeta de las ideas de Encius, de Warton, de Cole, de Charleton, de Willis, de Picon o de Charles Lepois. Con J. M. Guardia (*Revue philosophique*, 1886) lo considero como un abuelo de Stahl y de su animismo. Me parece que ha presentido, en el orden teórico-práctico, a Alexis Carrel (*L’homme cet inconnu*, 1935) y la medicación psíquica y naturista del doctor Carton, incluso la psiquiatría contemporánea vanguardista (F. Alexander, J. von Uexküll, A. Berge, etc...).

El himno estudiantil del *Gaudeamus igitur*, en los *Carmina Burana*, canta la lucha contra la preocupación (el “Sorge”, como dicen los Germánicos). “*Pereat tristitia, pereant osores!*” (“¡Qué perezca la tristeza, que perezcan los que odian!”): esta aversión por la *acedia* y por la depresión psíquica constituye una lección muy actual, en nuestro siglo XX, ¡tan desequilibrado y sombrío! Antes de

Bichat, Sabuco tiene el mérito de distinguir de la vida orgánica la vida de relación, proclamando que la unidad fisiológica reside en el sistema cerebro-espinal. Contra toda la tradición (salvo Platón), desde Galeno o Aristóteles hasta los escolásticos (árabes o cristianos) y a Vallés, Fernel, etc... Sabuco se levanta contra una rutina que disociaba los factores mentales de los factores biológicos, curando únicamente los órganos de la digestión y de la circulación sanguínea. *Quid agis, medice?* grita en el inicio de los *Dicta brevia* (p. 359). *Totus in ventre? Mundifica cerebrum, conforta cerebrum, laetifica cerebrum, spem boni in eo crea verbis, curas tolle graves, taedia, metus, tristitias et omnem in eo animae discordiam. Hic est radix, causa, principium, et officina boni, et mali succi, morborum, et salutis. Hic affectus, seu perturbationes, mutationes, et passiones*". ("¿Qué haces, médico? ¿Te ocupas, todo entero, del vientre? ¡Purifica el cerebro, conforta el cerebro, haz alegre el cerebro! ¡Crea en él, por tus palabras, la espera del bien, expulsa los graves cuidados, los disgustos, los temores, las tristezas y toda discordia del alma en él! Allí está la raíz, la causa y el puesto de mando del buen y del mal succo, de las enfermedades y de la salud. Allí están las afecciones, las perturbaciones, mutaciones o pasiones").

El filósofo-médico de Alcaraz muestra la unidad del compuesto humano y se interesa por la parte espiritual, que influye sumamente sobre todo el resto; pues, si ha sido tachado de sensualista y de materialista, lo ha sido injustamente, a mi parecer. Por cierto, critica los abusos de la metafísica vetusta, culpable de angelismo, que trataba sólo de las entidades y del conjunto del Cosmos, sin bajar a las humildes realidades del complejo ser humano, que supone la puesta en práctica del *gnothi seauton*. Claro es que dé la prioridad a la antropología. "Los filósofos... indagaron y escudriñaron la física y naturaleza de los mixtos, y la metafísica, y a la propia fisis o naturaleza, no le tocaron, supieron lo de las causas ajenas y no lo de la suya. Quisieron saber qué había fuera de este mundo de aquel cabo del último cielo, y lo que tenía en su cuerpo, cabeza y alma ignoraron. De esta ignorancia de los filósofos nació errar la medicina los médicos en sus fundamentos principales ("Diálogo de la vera medicina", p. 299). Sin embargo, dentro del hombre, orienta nuestra atención más aún hacia el *stream of consciousness* (como lo dice William James: "la corriente de la conciencia") que hacia los avatares de nuestras operaciones corporales; es porque sería posible ver en él cierta dosis de espiritualismo o, en todo caso, la primacía de los estados psíquicos (como en Freud y en todo el psicoanálisis).

Por encima de todo, un aspecto de Sabuco debe ser subrayado. Es el cuidado *moral* que le anima. Se ha visto cómo el pensador de Alcaraz invita a los hombres a reformar sus tendencias, a ejercer sobre ellas el "*self-control*", gracias al libre albedrío; un cierto estoicismo de voluntad se revela en su pensamiento. Al contrario del descuido (o "destape") naturalista y laxista de nuestra época, pretendiendo huir toda "represión" como alienante, Sabuco predica el gobierno de sí mismo, el dominio de nuestras pulsiones, la subordinación de nuestros deseos y de nuestros actos al Bien, a la Comunidad humana y a Dios. Su terapéutica es,

sobre todo, una ética; los lectores recuerdan a qué punto enaltece la generosidad y el rechazo de la prepotencia del dinero; en contra del individualismo egoísta de un pseudo-liberalismo permisivo, demasiado difundido y deletéreo, en nuestro siglo XX que se termina, que elogia cínicamente la búsqueda del provecho y de la voluptuosidad sin freno, Sabuco se inserta dentro de la tradición ascética del cristianismo. Es por eso, de otra parte, que José Luis Abellán ha percibido muy agudamente: "el pensamiento español se caracteriza por el énfasis puesto en la *conciencia moral*, lo que a su vez producirá una inevitable tendencia al idealismo de carácter ético" ("Utopía en el pensamiento español", in el volumen colectivo *Historia e filosofía*, vol. IV, 1985, Lisboa, Instituto Nacional de Investigação Científica, p. 2).

Esta filosofía del pensador de Alcaraz, ecléctica en la buena acepción de la palabra, tiene los pies en el suelo, en lugar de perderse dentro del *Wölkenkuckshelm* de las abstracciones y de los aficionados a las quintaesencias; puede incluso ser calificada de positiva, aunque no de positivista; empirista de una manera superior, anuncia la "metafísica positiva" de Bergson, Jacques Chevalier, Teilhard de Chardín y Paul Chauchard. Tal vez, en su tiempo, Sabuco ha predicado en el desierto; su obra, empero, fue reeditada en 1588 y ha conocido otras seis ediciones desde entonces. Su mensaje, muy original, no inferior al de Huarte, Gómez Pereira o Servet, anuncia la antropología existencial actual, de un Marañón, de un Luis Martín Santos, de un Rof Carballo o de una María Zambrano.

Sabuco es un héroe de la ciencia española, que nos parece muy moderno.

A. G.